

Capítulo XVII

Sumergido en un Mundo de Pobreza

En 1978, volví a la Clínica Esperança en Santarém. En aquellos viajes, actuaba como courier llevando artículos médicos y dinero que portaba en mi cinturón. Algunas noches cuando dormía en mi hamaca al aire libre, en estos barcos del Amazonas, muchas veces me encontraba en una situación peligrosa protegiendo este encargo y pasaba la noche en vela. Los doctores y la clínica estaban agradecidos por la ayuda Americana y por mis viajes, especialmente durante los días festivos.

La Navidad, a pesar de la abundancia en que vivía, no significaba mucho para mí. Mis pascuas más memorables, habían ocurrido cuando yo no tenía dinero y estaba en la escuela de Medicina. Un árbol desechado —fue mi decoración navideña— con sus punzantes hojas secas que caían de sus ramas, y esos despojos marchitados eran los únicos regalos que habían en el suelo. De algún modo, estas fiestas me causaban ansiedad y un remordimiento de tener más que otros, y me daban el deseo de ayudar, especialmente, en

lugares alejados como la selva. Pero ahora que mis hijos han crecido, siento no haber estado con ellos en esos preciosos momentos.

Para mí, el río Amazonas es como un imán. A través de los años había viajado en casi toda su extensión. Fui a Belém, Brasil, donde está la boca del río más extensa del mundo, y ver el ocaso en esa infinidad de agua es “intoxicante”. Belém es una metrópoli con edificios antiguos que le dan a la ciudad un sabor colonial. Caminar por sus calles, aun en los días húmedos y calurosos, es para ser cautivado por el ruido y la alegría de la gente. Pasé allí el Carnaval de Año Nuevo; bailando en las calles con miles de brasileños, hasta que mis pies quedaron hinchados.

Después de una visita turística a la ciudad, fui a la orilla del río, para conseguir un bote y navegar río arriba, por el Amazonas hasta Santarém, a cinco días de viaje. Las calles del puerto se parecían a las de aquellos días de mi niñez, en la amazonia peruana. Las tiendas, tenían artículos que la gente compraba para entrar en la soledad de la selva. Allí veía las mismas cosas que mi padre solía comprar años atrás en las selvas del Perú, para comerciar con las tribus: lámparas Coleman, rifles viejos, comida enlatada, machetes, medicinas y hamacas. La atmósfera del puerto era una fiesta para la vista y la imaginación. Las mercancías no eran de lujo ni caras, pero necesarias para la gente de la selva. Pasé el día entero, curioseando por los alrededores y gozando del sabor festivo del puerto y del mercado. Al atardecer, fui a buscar el bote que me transportaría a Santarém, y esperaba que me recordaría las lanchas del Perú en mi niñez. También estaba consciente de sus precios, tan sólo, porque me traerían reminiscencias de la costumbre de regatear para lograr tarifas más bajas.

Encontré un barco a vapor de tres cubiertas, color blanco que parecía un crucero transatlántico, incluso el capitán usaba unifor-

me. Compré un boleto, no de primera ni de segunda categoría, sino de tercera clase donde los pasajeros eran pobres y la gente nativa de la selva viajaba más por necesidad que por turismo.

El costo del boleto para un viaje de cinco días, era alrededor de cinco dólares. Yo podía comprar un boleto de primera clase, pero quería estar con la gente de la amazonia y sumergirme en su mundo de pobreza y alegría. Muchos brasileños pueden ser pobres o tener muy poco, pero su actitud en la vida es alegre. No hay signos de tristeza en sus caras, y la samba siempre está alegrando sus espíritus. Yo los admiro por eso. Es el modo de ser de ellos, que he estado tratando de emular para agobiar mi “inherente” melancolía.

La cubierta inferior de tercera clase estaba llena de carga y aquí se encontraba la cocina, y más abajo el ruidoso y enorme motor a vapor cuyo sonido y olor de aceite estaban siempre presentes aún durante mi sueño. Toda la gente de tercera clase abordó, casi empujándose y corriendo para escoger un buen lugar donde colgar sus hamacas, y hacer su pequeño mundo propio entre el tumulto de pasajeros. Encontré un sitio en el estrecho pasaje, junto a la baranda, donde podía ver y oír el río todo el tiempo. *¡Esa era la esencia de mi viaje!* Quería escuchar los rugidos de la selva, mientras el bote surcaba sobre las aguas, deseaba ver las lejanas verdes orillas y las islas y esperaba oír y ver, a los ya olvidados animales de mi niñez en las profundas selvas.

Nunca había estado tan comfortable como en este reducido lugar que escogí, con mi mochila como almohada y suficiente espacio para menear mi hamaca cuando quería sentir la brisa de la selva para atenuar el calor o alejar a los mosquitos. La gente estaba por doquier, mis vecinos estaban a medio brazo de mi alcance. Establecíamos conversación y aún aquí, yo ayudaba a las madres con

sus numerosos hijos. No sabían que yo era un médico americano, pero seguían mis consejos y los ayudaba con algunos de sus niños enfermos. Para relatar este viaje, uno tendría que estar allí para sentir la naturaleza y aún así, sería increíble describir el continuo sonido del propulsor y el lento avance del bote contra el gigantesco río plateado en la noche por una luna tan cerca y tan clara. Esto era lo que la vida en este bote y la selva significaban. Y eso es lo más importante en nuestra vida terrestre: ¡La naturaleza viviente!

Muy a menudo, la monotonía del viaje era interrumpida por las torrenciales lluvias que hacían el calor más tolerable y que eran siempre bienvenidas. Ver caer las gruesas gotas sobre esta vasta extensión de selva, me hacía sentir parte del renacimiento de la vida, como si estuviera en el bíblico diluvio, donde uno era una criatura en el arca de Noé. El bote parecía como si fuera la única embarcación sobre este imparable río de lluvia.

Cometí el error de no comprar mis propios abastecimientos de subsistencia. No tenía utensilios para comer y mucho menos un plato. En tercera clase nada se proveía al pasajero. Al llegar el momento de almorzar, todos corrían a la fila por sus raciones, con un plato hondo y una cuchara que yo no los tenía, y nadie contaba con una cuchara o un plato que le sobrara para prestarme. Yo tenía la mitad de un pequeño y artesanal “mate” de calabaza que lo usaba como plato y no era lo suficientemente grande. Para usar como cuchara, corté una botella plástica de medicina en la mitad. La comida era una mixtura de arroz, frejoles, carne y yuca. Mientras comía, noté en el arroz algo que parecía peculiar. En un minucioso examen, vi que lo que parecían raros granos de arroz, eran gusanos blancos de la carne descompuesta. Empecé a removerlos, pero me cansé de separarlos y como estaban hervidos no eran una amenaza

para mi salud. Es más, ¡fui por un segundo plato! ¡La lluvia en el Amazonas puede aumentar el apetito!

Cuando el bote pasaba cerca a las olvidadas villas, los niños remaban en sus pequeñas canoas rápidamente hacia el barco, pidiendo desde abajo que se les lanzara cualquier objeto flotante para recogerlo del agua. Los pasajeros tiraban cualquier cosa de valor al agua y todo era bien recibido por estos niños en aquellas aisladas áreas de la selva. Me sentí abrumado por esta vista, que empecé a tirar todas las cosas de las que podía deshacerme, incluso lancé la camisa que tenía puesta. Era divertido y triste a la vez, ver a esos pequeños de piel morena, conduciendo diestramente sus canoas hasta donde estaban los artículos flotando para recuperarlos. Si el objeto tenía un valor más alto, como una camisa, ellos levantaban el dedo pulgar en señal de agradecimiento. *¡Mi corazón se hinchaba de felicidad y a la vez yo sentía tristeza por su feliz pobreza!*

Los días pasaron rápido. A medida que llegábamos a Santarém, se podía ver el perfil de la ciudad y el gran río de dos distintos colores, desde el lado marrón, por el cual navegábamos todo el tiempo. Atracamos en el puerto comercial donde habían menos botes. Desembarqué con otros pasajeros y me despedí de todos. El barco continuaría a Manaus surcando río arriba. Había sido un gran viaje, estaba de nuevo en la Clínica Esperança, listo para trabajar y renovar mis amistades. Muchos voluntarios se habían ido, pero algunas caras viejas estaban presentes. La clínica estaba siempre en continuo estado de cambio. Los equipos de cirugía permanecían por dos semanas y los voluntarios por meses, pero raramente, algunos estaban allí dos o tres años, de manera que el lugar era el mismo, pero no el personal. Esta vez Harry Owens no estaba allí, y el doctor Fred Hartman, director de la clínica, estaba empacando

para volver a los Estados Unidos, después de tres años de servicio. Solamente el doctor García y yo, éramos los veteranos de tiempos pasados, junto con algunos ayudantes brasileños.

En este viaje encontré al doctor Pylon, un cirujano ortopédico de los Estados Unidos, que venía a la Clínica Esperança frecuentemente y estaba de nuevo aquí, operando a los niños que tenían problemas serios. Él trabajaba día y noche a bordo del bote donde se realizaban todas las cirugías. Un cirujano sin tiempo para filosofar en el romanticismo de la Medicina en estas lejanas áreas de la amazonia.

Mientras todas las enfermeras ayudaban a los cirujanos en sus labores, el resto del personal médico nos encargábamos de los pacientes externos de la clínica, algunas veces yo solo y otras veces con el doctor García. Hacíamos el trabajo rutinario, viendo casos de diarreas, desnutrición, paludismo y muchas veces, enviando a los pacientes a sus hogares para continuar sus sufrimientos, porque no podíamos hacer mucho. Nuestra compensación moral era mínima en esta clínica. Especialistas como los cirujanos plásticos, oftalmólogos, ortopedistas o cualquier equipo de cirugía eran los más apreciados, y aquí formaban la columna vertebral de la fundación. Pero, todos trabajábamos arduamente y nos ayudábamos el uno al otro si había necesidad de consultas.

Usualmente, un equipo de cirugía permanecía dos semanas. En esos catorce días, el trabajo era intenso y agotador, se tenían que hacer las complicadas cirugías que se acumulaban en el transcurso de un año y se debía terminar con todos los casos programados. Una vez que los equipos quirúrgicos acababan con su misión, la tranquilidad de la clínica volvía y podíamos trabajar sin darnos cuenta de la falta de comodidades, de las cuales los voluntarios es-

taban en conocimiento, aunque raramente se quejaban ¡eran, verdaderamente, misioneros de la Medicina!

Entre más iba a Santarém, más me entusiasmaba con la idea de instalar un barco-hospital similar en el Perú. Especialmente ahora que el bote Esperança estaba llegando al término de su misión y posible decomiso. Incluso discutimos la posibilidad de remolcar el barco Esperança río arriba en el Amazonas, desde Santarém hasta Iquitos, un sueño muy factible. Después de algunas semanas de trabajo en esta clínica, viajé en un pequeño bote río abajo hasta Belém, donde tomé un avión para Los Angeles. Ahora era un veterano de muchos viajes y estas travesías fluviales, eran ya, una rutina.

A lo largo de los años me he dado cuenta que la selva ha perdido su virginidad. Se ve más civilizada y eso, en sí, la hace más salvaje. Los carros y la televisión son un anacronismo en esta hermosa región forestal. La gente misma ha perdido su originalidad. Recuerdo que en mis primeros viajes a la amazonia peruana y brasileña todavía no había televisión. Pero cuando regresé en viajes posteriores, este medio de comunicación, había llegado con toda su influencia, especialmente en Santarém. En previas misiones, cuando visitaba a las familias pobres en sus casas, los niños, sus padres y yo, solíamos pasar momentos agradables; charlando, cantando, comiendo y hasta bailando. Con la llegada de la televisión y cuando visitaba esas mismas casas donde ya tenían este artefacto, la gente tan sólo podía decir “cómo vai”. Todos estaban pegados al miserable televisor —que estaba sobre el piso de tierra— mirando programas sin ningún valor educativo. Caminaba por las calles, ahora desiertas, toda la población tenía los ojos clavados al televisor viendo sus telenovelas favoritas. La gente iba perdiendo su inocencia su habilidad para vivir en la selva, y ahora debido a la defores-

tación habitaban en gran número en ciudades hechas de cartón ¡ya no son los amos de la selva! Antes, ellos sólo obedecían las leyes de este gigantesco paraíso verde que está desapareciendo. Ahora esta gente busca a alguien para que cuide de ellos y esa actitud agobia al Gobierno con problemas sociales, difíciles de aliviar, a menos que el país destruya su selva para un beneficio cuestionable y no necesariamente útil para el pueblo de la selva. ¡Es así cómo percibo los lugares que he visitado año tras año!

De vuelta en los Estados Unidos, fui a la reunión de la junta directiva de la Fundación Esperança, en Phoenix, Arizona, para discutir la posibilidad de poner un buque-hospital en algún río de la amazonia peruana. Los directores de la fundación me trataron muy bien, inclusive Jerry, el hermano del Padre Tupper. Me encontré con viejas amistades que había conocido en el Amazonas, como: Win Stewart, el director saliente; Chuck Post, el nuevo director, y desde luego, Harry Owens. Me dieron unos minutos para proponer el plan del barco-hospital en el Amazonas del Perú, preferencialmente en Iquitos. Ellos estaban entusiasmados, pero a la vez veían con escepticismo el proyecto debido al clima político y a los rechazos, que ya en años atrás ellos tuvieron cuando quisieron hacer lo mismo en el Perú.

Pude lograr apoyo y asignación de dólares como presupuesto inicial para explorar las posibilidades de traer o construir este barco-hospital. El resto de la empresa sería convencer a la estructura política del Perú acerca de este proyecto, estableciendo conexiones con las autoridades peruanas para conseguir el respaldo del Gobierno, lo cual era crucial para este tipo de empresas.

Con optimismo y espíritu de persuasión, semanas después volví al Perú para estudiar la factibilidad de este proyecto. Llegué a Lima

con la sensación de una misión que cumplir. Mis padres tenían conexiones indirectas con algunos congresistas, por lo que les pedí ayuda, debido a que yo no tenía ninguna relación política, porque había vivido tanto tiempo en los Estados Unidos. No había mantenido comunicación con mis amistades del colegio militar, quienes podían estar en importantes posiciones dentro del sistema gubernamental. Mis padres no estaban entusiasmados acerca de este proyecto; sabían que la gente y la burocracia no mostrarían interés, y en cierto modo, se apenaron por mí porque estaban seguros de mi posible decepción.

Me reuní con dos parlamentarios peruanos. Primero fue una dama que me prometió el mundo, pero en realidad, no había hecho mucho por alcanzar algo concreto. El segundo, un congresista que me recibió en su oficina del Parlamento y escuchó la propuesta del barco-hospital en el Amazonas. ¡Todo lo que yo solicitaba era un permiso y nada de dinero! Finalmente un vecino bien relacionado, y el político me consiguieron una entrevista con el Ministro de Salud del Perú, la máxima autoridad en asuntos de salubridad, me imagino equivalente al *Surgeon General* en los Estados Unidos.

El día de mi cita en el Ministerio de Salud sería la culminación de mis esfuerzos. El hecho de haber conseguido una audiencia — ya— era un éxito en sí. El ingeniero y el parlamentario no podían asistir a la reunión, de manera que tuve que ir solo. Me vestí con el mejor de mis ternos y me dirigí al ministerio e hice lustrar mis zapatos con un muchacho lustrabotas que estaba afuera. Entré al enorme y moderno edificio, el cual me parecía un lugar impenetrable en mis tiempos cuando era niño. Caminaba ahora dentro de sus corredores para ver a su más alta autoridad. El lugar estaba bien resguardado y se veían extranjeros que entraban y salían. Subí al

piso más alto donde era mi cita y me acerqué a la recepcionista que encontró mi nombre en la lista de visitantes.

Me invitó a tomar asiento, pero preferí esperar en los enlosados pasadizos de esta elegante institución, mientras mi mente pensaba en cómo llegar al alma de este gran personaje y convencer a esta eminencia política, que era también un reconocido médico en Lima. Caminaba por los pasillos mientras esperaba mi turno y recordaba las posturas autoritarias de algunos doctores de posición elevada y no me sentía demasiado optimista.

Un joven elegante y de buena “presencia”, su agregado, salió a recibirme en la puerta; me entrevistó y me inquirió la razón de mi visita en forma detallada. Le entregué la carta de intención de la Fundación Esperança, que él tomó, supongo, con el propósito de dar a conocer al ministro, acerca de quién era y cuál era mi intención. Estaba seguro que su superior, era un hombre muy ocupado con tan monumental tarea de resolver los problemas de salud en el Perú y mi visita probablemente, era una pérdida de su tiempo.

Después de un rato, fui conducido por el agregado a la inmensa oficina del ministro y me pidió que me sentara en un segundo salón de espera, con alfombrado verde al igual que los edificios oficiales en los Estados Unidos, a pesar de que en el Perú, los pisos son de mosaicos y mármol, especialmente en los edificios antiguos como éste. La vista de la ciudad desde este lugar era espectacular, y Lima se veía hermosa. Luego se acercó un hombre de corta estatura, trigüeño, grueso, aunque no obeso, era el señor Ministro quien venía a entrevistarme, mientras se despedía de dos alemanes que él había atendido en su oficina privada adyacente (a la que yo no fui invitado). Cortésmente y con renovada reverencia por los representantes gubernamentales en altas posiciones, me presenté como un

médico graduado en Estados Unidos, nacido en el Perú, que quería ayudar a mi madre patria. Pude notar que revelaba más mestizaje indígena, lo que no es usual en este país, tratándose de una alta autoridad. Sentí cierta actitud de “aislamiento”. Le expliqué la idea de traer o construir un barco-hospital en el Amazonas, al igual de lo que se había hecho en Santarém. Le mostré fotografías y describí el trabajo que hacía Esperança, la organización americana. Él escuchaba seriamente, aunque se veía un algo exasperado, pero suficientemente atento y parecía estar listo a darme el golpe final. Su agregado estaba al lado de él y a ratos me mostraba una forzada sonrisa de aprobación, pero creo que él estaba muy consciente de su jefe. Terminé mi presentación, que la hice con humildad y en cierta manera suplicando, teniendo cuidado de no ofender a esta alta autoridad o al menos no actuar como un arrogante americano.

Llegó el momento de su respuesta. Cruzó las piernas y me enseñó fotografías de buques de guerra de la Marina peruana actuando como barcos hospitales en el Amazonas, con insignias de la Cruz Roja al costado de sus cascos. Me dijo que la región de la amazonia no necesitaba más hospitales flotantes y que el país estaba tomando buen cuidado de estos problemas. Mencionó también, que la pequeña cantidad de dinero que proponía no haría ningún impacto y que precisamente, los dos alemanes que habían salido momentos antes, traían ayuda financiera por millones de dólares para el mismo objetivo, aunque no necesariamente, barcos-hospitales.

Lo escuché como un hijo lo hace con su padre; él era mayor que yo, y acepté su explicación, aunque me sentía algo disminuido por el rechazo de este proyecto. Yo estaba escéptico, pero también algo optimista por su aire de confianza. Pensaba que las cosas esta-

ban mejorando y este representante lo estaba haciendo y no necesitaba de un “pediatra” para ayudarlo en sus esfuerzos. *¡Mi alma quería unirse a mis compatriotas en un espíritu de hermandad y arrojar todos aquellos actos de “arrogancia”, los cuales siempre han causado tanto daño al Perú como nación!*

Dejé la oficina. El ayudante me despidió estrechándome la mano apologeticamente. Me dirigí a los pasillos un poco pensativo con la cabeza baja y sin mis papeles del proyecto. *Mientras saboreaba el conocido camino del rechazo, recordaba la frase que mi padre siempre me decía: “Nadie es profeta en su tierra”.*

Mis pensamientos volvieron a los Estados Unidos y yo extrañaba su espíritu de compasión y el ingenuo “acercamiento” para este tipo de empresas caritativas.

En este viaje al Perú, volví al Amazonas para ayudar en mi acostumbrada forma de hacerlo y no tuve oportunidad de ver el barco-hospital en esta visita. Después de algunas semanas, regresé a los Estados Unidos, casi vencido y triste por no haberse llevado a cabo el proyecto de Esperança.

Una noche de febrero de 1985, cinco días después de mi regreso de este viaje al Perú, sufrí un grave accidente cuyo relato se encuentra al principio de este libro. Irónicamente, un reconocido cirujano cardio-torácico español en los Estados Unidos, el Conde Juan Suros XII, se encargó de mi cuidado. Siglos antes, sus antepasados habían diezmado a la población inca, quinientos años más tarde, este descendiente aristocrático salvaba mi vida. Gracias a los doctores Argoud, Ríos, Aguirre, Gale, Cohen y muchos otros, mi consultorio proseguía y mi familia contribuía a mantenerlo.

Después de meses y varias cirugías, regresé a trabajar. Entré a mi oficina y me arrodillé en la más recóndita de sus esquinas para

dar gracias a Dios. Empecé a ver a mis pacientes con el máximo respeto y reverencia por sus enfermedades, porque ahora yo había sentido, una vez más, el olor de la muerte. Quería ser un médico más caritativo, pero también más compasivo conmigo mismo. Quería borrar todos los fantasmas de mi pasado y tratar de vivir en paz y en el presente.

Algunos meses después, un devastador terremoto sacudió México D.F. Decidí que debía ir a ayudar, no podía permanecer sin hacer nada mientras escuchaba las noticias, además, había estado en un terremoto más violento en el Perú. Las noticias indicaban un esfuerzo más coordinado de ayuda a México, que iba de todo el mundo.

Salí para la capital de esta nación con un equipo de cuatro médicos y varias enfermeras, incluyendo a Phil Mattson, un interno de pediatría en mis días de residente en el Hospital de la Universidad de California. Todos íbamos bajo los auspicios del *Salvation Army*. Mis pacientes eran atendidos por dos pediatras a quienes tenía que remunerar en mi ausencia.

Llegamos a la zona afectada donde la confusión que sigue a estas catástrofes y también la camaradería que se establecen, son tan universales en estas circunstancias. Era como una festividad, aunque naturalmente triste. El trabajo y el sentido de ayudar opacan el espíritu de angustia y las amistades formadas duran eternamente. *¡El objetivo común de auspiciar a nuestros semejantes es una poderosa cadena que une a todos. Los sentimientos de arrogancia o desconfianza son descartados, o por lo menos, mantenidos en reserva!*

Comparado con el terremoto del Perú en 1970, el de la Ciudad de México fue menos devastador. La gente estaba bajo control después de la destrucción inicial, la cual fue muy severa, pero se

tomó cuidado rápidamente. Nosotros llegamos varios días después, de modo que no puedo decir que estuve durante la furia de ese momento fatal. Los muertos y los seriamente heridos habían sido ya atendidos. En las carpas médicas del Ejército de Salvación en Tepito, (un área con muchos pobres), empecé a atender a muchos niños y me quedé asombrado de su estado de nutrición: todos robustos y raramente encontré niños anémicos o mal nutridos.

Este país tiene un clima templado y no muchas enfermedades raras como en el Perú, aunque la polución del aire está llegando a ser más peligrosa para la salud, que los parásitos o las infecciones tropicales. *El deterioro del ambiente es un problema de salud muy difícil de controlar. Esta situación que es mundial, va a tomar tecnología y no humanidad, pero debe hacerse por el bien de nuestras generaciones venideras y por la preservación de nuestros recursos naturales, que es lo que más apura y presiona al mundo de hoy.*

Los males que veíamos eran mayormente por los efectos de la destrucción y se manifestaban con dolores de cabeza, falta de apetito y un espíritu sombrío, presentándose como un nuevo cuadro médico y quizás diagnosticado como un “síndrome de terremoto”. Nuestro grupo de enfermeras era excelente, porque ellas elevaban el estado de ánimo de los pacientes. Yo no era muy bueno en esta faceta, me interesaba más la gente gravemente afectada, de modo que podía profundizarme en sus problemas médicos. Hicimos buen trabajo, y la gente estaba agradecida por nuestros esfuerzos. De regreso, volamos sobre una capa oscura de humo que cubría toda la gran metrópoli. Una vez en los Estados Unidos, me sentí más entusiasmado y deseoso de estar listo para otros viajes a países en necesidad, quizá porque esta vez todo había sido tan bien organizado por el *Salvation Army*.

Nuevamente, mi clínica resurgía y empezó a llenarse de pacientes. Traté de formar un grupo médico. El ambiente profesional de la Medicina en los Estados Unidos estaba cambiando, e incluso, ahora, no me permitía tener tiempo y dinero para hacer las misiones que realizaba.

Para liberarme de la presión en el trabajo, empecé a hacer viajes para aprender la vida en otros continentes. Viajaba con bastante frecuencia a Europa, como si fuera un estudiante. Visité España más de tres veces, aprendiendo su historia y sus conexiones con mi pasado, encontrando un sentido de *déjà vu* en algunas ocasiones.

Un sentimiento de este raro fenómeno me ocurrió en Córdoba, donde mi apellido es muy común, y quizás de donde proviene la parte española de mi raza mixta, que es, probablemente una combinación de español y árabe, *¡Pero, de seguro que yo soy más indio que español!*

Hice viajes a Rusia durante la guerra fría y vi ciudades modernas y limpias, pero también lugares descuidados. Creo que cualquier sociedad es buena si uno no ve miseria, especialmente niños pobres pidiendo limosna en las calles. En Rusia no veía nada de esto, y en cierto modo estaba prohibido dar propinas. Visité sus hospitales y aunque otros podrían criticarlos, esto no vendría de mi parte. La decadencia en una nación es más notoria en el modo en que trata a su juventud. En esta tierra los menores de edad estaban bien nutridos y parecían contentos. *Los niños no tienen idea de sistemas políticos, pero ellos deben, bajo cualquier sistema político, ser bien cuidados para crecer saludables, para luego, ya adultos, hacer sus propios juicios, con un cerebro que no haya sufrido por el hambre, el despotismo y el descuido del país que les dio la vida.*